

HOMENAJE A DOMINGO F. SARMIENTO

Sarmiento y el arte

POR HORACIO SANGUINETTI (*)

La dimensión de Sarmiento es de tal magnitud, que resulta difícil abordarlo.

¿Por dónde se comienza a abarcar la desmesura de los Andes, de la pampa, de los fenomenales ríos americanos? Con Sarmiento es igual, pues nada de lo humano le fue ajeno.

Hay una palabra devaluada, desvencijada, subvertida por el uso impropio: genio. Se la utiliza alegremente, sin advertir que los genios, en todo el devenir de la humanidad, son pocos. Entre nosotros, el primero — quizá el único — que merece tal calificativo, es Sarmiento. Hasta en sus errores y contradicciones, que tuvo tantos como cualquiera.

Si se analiza a Sarmiento, es más fácil limitarse a un solo costado, porque fue de todo —minero ¡en Chile!, literato o presidente—, y todo lo hizo con impaciencia creadora y con consecuencias: la rápida estatura que adquirió Argentina, apenas y mal apagados los fogones de los campamentos, estatura que la colocó entre los primeros países de la tierra, es en gran medida, obra sarmientina.

No hubo dimensión cultural que lo viese ausente.

La música, el teatro y la danza lo tuvieron como actor desde muy joven. A la edad de 14 animaba, en su escuelita de San Francisco del Monte, los bailes gauchos organizados por su duca e maestro José de Oro, y juntos, como evoca en “Recuerdos de provincia”, “hemos fandanguado todos los domingos de un año enredándonos en pericones y contradanzas”.

Y muy pronto, hombre de teatro. Cuando su primer regreso a San Juan, desde Chile (1836-8), fue animador, escenógrafo, decorador y dibujante de la juvenil Sociedad Dramático Filarmónica, que actuaba en casa de Javier Jofré, junto a su gran amigo Antonio Aberastain y a Guillermo Rawson más la orquesta de Saturnino Laspiur, Antonio Lloveras y Manuel Grande. Llegaron a presentar un *Barbero de Sevilla*, con música y actores, cuya entidad y condiciones se nos escapan, aunque las suponemos precarias. Pero en su Vida de Dominguito relata con gracia, las sesiones operísticas familiares que se hacían en San Juan, años después.

La ópera ya los acechaba y seducía, pese a la mínima difusión musical de esa época y esa provincia. Y cuando, en vísperas de su exilio en 1839, “seis niñas, la flor de San Juan”, visitan a Sarmiento en la cárcel para darle la lección y despedirlo, entre mil monerías, le cantan “un cuarteto del *Tancredo* (de Rossini) de que yo gustaba infinito”.

Porque la situación política se había tensado y la cosa no estaba para teatros, como no fuera el de la guerra civil.

En 1840, ya instalado en Chile, el sanjuanino abrió paso como periodista y ...comentarista de espectáculos.

La ópera no es un subgénero musical. Es la suma de las artes humanas: sonido, movimiento, color, literatura, danza, teatro, arquitectura y hasta ese clima social que incluye a todas las clases y convoca a funcionar en verdaderos palacios.

En *El Mercurio* de Valparaíso, nuestro prócer publicó inicialmente múltiples escritos que revisten casi caracteres de ensayos; desde observaciones generales, como la necesidad de enseñar música,

(*) Doctor en Derecho y Ciencias Sociales (UBA). Medalla de Oro (1953). Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires (1983-2007). Presidente de la Academia Nacional de Educación. Profesor Consulto Titular de Teoría del Estado, Facultad de Derecho (UBA). Condecorado por Francia e Italia.

“gran vacío en nuestra educación” (y siempre la educación...), hasta su ingreso en la polémica, entonces vigente al rojo, que sopesaba y parangonaba a Rossini, Donizetti y Bellini, polémica en la que participó también Alberdi...y medio mundo, pues eran los tres adalides de la modernidad.

A partir de 1942, Sarmiento *rinforza* sobre el asunto lírico, ahora desde las columnas de *El Progreso* de Santiago, juzgando obras y artistas que visitaban Chile con cierta regularidad. Así, celebra el advenimiento del barítono Henry Lanza, que aunque no era Mario, con su voz y su arte escénico habría de ilustrar toda una época cultural en aquel medio.

Además, allá por 1844, una compañía italiana agitó el ambiente, La integraban buenos artistas, la mezzo Clorinda Pantanelli, la soprano Teresa Rossi, el tenor Alejandro Zambaiti, el bajo Pablo Ferretti, a las órdenes de la batuta de Rafael Pantanelli. Ofrecían conciertos y óperas completas, que para gran gozo de Sarmiento, la sociedad chilena recibió con deleite.

La ópera que más ha permanecido vigente, de cuantas él comentó, es *Lucia di Lammermoor* de Donizetti, con la peculiaridad, entonces bastante frecuente, de que la Pantanelli travistió el papel del tenor, Edgardo di Ravenswood.

Además, se brindó *I Capuleti e i Montecchi* de Bellini, pero con una sacrílega profanación: el último acto fue reemplazado por el final de *Giulietta e Romeo*, de Nicola Vaccai, músico menor aún entonces.

Estas aberraciones eran frecuentes en esos tiempos, y aún más adelante. No olvidemos que cuando Gigli se presentó en Montecarlo en la posguerra, con *Latraviata*, debió interpolar el aria ¡de *La Gioconda*! porque le agradaba al príncipe...

Entre muchas audiciones fragmentarias, —de *Ana Bolena*, *Belisario*, algo de Mercadante, y la nostalgia por la ópera francesa—, en Santiago la orquesta del Sr. Zapiola, los instrumentistas Vicenti, Quintavalla y los cantantes Maffei, Caruel y Lanza alegraron y contribuyeron a formar el gusto musical del pueblo.

Al año siguiente, 1845, Sarmiento inició su gran viaje global, que describió de maravilla en su correspondencia. Y como era enviado oficial el gobierno chileno, documentó y rindió sus gastos con tal exactitud, que incluyó —en monedas hoy arcaicas, como los “franciscos”— hasta las propinas, las orgías y alguna “gran orgía”, coherentemente más costosa, como que en ella invirtió “cinco paulos”.

En España, asistió con frecuencia a teatros de prosa. Pero en París, en 1846, comenzó con las óperas, básicamente francesas, como *Roberto el Diablo* de Meyerbeer, que ya conocía parcialmente desde Chile, y que escuchó dos veces, en mayo y agosto.

Enero de 1847, Marsella. Allí, atiende al *Guillermo Tell* de Rossini.

Pero el deslumbramiento verdiano comienza al entrar a Italia: en Génova, *Attila* e *I due Foscari*, en Liorna nuevamente *Attila* —y compra el libreto—. Oye música sacra en Roma; el 16 de abril en Florencia otra vez *I due Foscari*, y el 18, *Beatrice di Tenda* de Bellini. Luego, en el Apolo de Milán, insiste con *Attila*, y el 17 de julio se deslumbra con *Ernani*, a tal punto que el 20 de julio de 1847, obsequia a su hija la partitura, con esta dedicatoria:

“A Faustina Sarmiento Muestra de satisfacción por sus progresos en la música de D.F. Sarmiento

París 20 de julio 1847

Ernani Música de G. Verdi

El más celebrado compositor moderno”

En torno a esos tiempos, residían o recién lo habían hecho, en París, capital universal de la cultura, los más grandes compositores de la época: Meyerbeer, Liszt, Chopin, Frank, Wagner, Offenbach, Rossini, Bellini, Donizetti, Auber, Bizet, Berlioz, Gounod...

Sarmiento detectó a Verdi, con ojo zahorí, pues Verdi llevaba a la sazón un repertorio aún no primordial: *Nabucco* (1842), *I due Foscari* y *Ernani* (1844), *Attila* (1846), y poco más. Todavía ninguna de sus obras fundamentales. Pero el genio de Sarmiento ubicó sin dificultad al otro genio.

Al día siguiente del regalo del *Ernani* a Faustina, Sarmiento visitó a San Martín, asimismo buen amateur de la lírica, amigo de Rossini y asistente a espectáculos como *La muette de Portici*, de Auber, en La Monnaie de Bruselas, cuando los jóvenes belgas le ofrecieron el mando de su ejército independentista, que él rechazó sugiriendo a quién debía encomendarse.

Asimismo Sarmiento asistió a *Macbetto*, la creación de 1847, donde por primera vez Verdi se acercó al genio de Shakespeare.

Por otra parte, es famosa su despedida a Casacuberta.

No hay registro exacto de los espectáculos a que Sarmiento pudo haber concurrido en Estados Unidos, Pero una anécdota ilustra acerca de su persistencia y su emotividad. Cuando Adelaida Ristori, la famosa actriz, vino a Buenos Aires, Sarmiento era presidente, fue a saludarla y le dijo que la había apreciado en Nueva York. “Lo recuerdo —lo asombró ella—: Ud. estaba sentado en primera fila” y él replicó: “Entonces me habrá visto llorar como un chico”...

Y una nota de humor: cuando debió cancelar, en razón de su salud ya quebrantada, un picnic en el cual había depositado grandes expectativas, escribió a García Merou: “Sírvasse hacer poner en los diarios, que a causa de una indigestión de la Patti, se suspende la función hasta su pronto restablecimiento”.